

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

LA TINTA NEGRA Y ROJA

Antología de poesía náhuatl

Imágenes de VICENTE ROJO

Selección de Coral Bracho y Marcelo Uribe



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores



Introducción

Como en los códices o libros de los antiguos mexicanos, con sus pinturas y escritura jeroglífica, también en éste conviven poemas de aquellos antiguos dueños de la palabra, con las policromías de un moderno pintor, maestro de la tinta negra y roja.

Los dueños de la palabra fueron hombres y mujeres de lengua náhuatl o mexicana. Entre ellos estuvieron hace muchos siglos quienes edificaron Teotihuacan, la Ciudad de los Dioses, y más tarde Tula, metrópoli de los toltecas. También la hablaron los aztecas o mexicas en la urbe de Tenochtitlan, señora de la región de los lagos en el gran Valle de México. Y la tuvieron asimismo como materna otros muchos en distintos lugares de lo que hoy se conoce como Mesoamérica. Abarca ella el centro y sur de México, así como Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y regiones cercanas de Costa Rica.

El náhuatl no es una lengua muerta. Hoy se escucha en no pocos lugares en tierras mexicanas y aun fuera de ellas. Son cerca de dos millones de personas quienes la mantienen viva y, entre ellas algunas la cultivan para crear la que se conoce como *Yancuic tlahtolli*, la «Nueva palabra».

Consta, además, gracias a la arqueología, los códices indígenas y otros manuscritos sobrevivientes, que en náhuatl se escribieron textos con una rica temática: composiciones poéticas con connotaciones religiosas, líricas, guerreras, y aun eróticas. Se conservan también relatos legendarios acerca de los orígenes divinos, cósmicos y humanos. Y los hay asimismo de contenido histórico o didáctico, no pocos de ellos portadores de lo que fue la arraigada sabiduría de los pueblos nahuas.

Pero antes de esclarecer cómo dichas expresiones han llegado hasta nosotros, interesa comentar por qué buen número de esas composiciones en náhuatl con su traducción al castellano se presentan bajo el título de *La tinta negra y roja*.

Son estas palabras traducción de *tlilli*, *tlapalli*, cuyo significado esclarece un antiguo texto. Es éste una exhortación a un joven estudiante (*Códice florentino*, VI, f. 180 r.-v.):

*Ximocuitlahui in tlilli, in tlapalli,
in amoxtli, in tlahcuilloli,
intloc, innahuac ximocalaqui
in yolizmatqui, in tlamatini.*

Cuida de la tinta negra y roja,
los libros, las pinturas,
colócate junto y al lado,
del que es prudente, del que es sabio.

La tinta negra y roja es expresión del género de los difrasismos o vocablos pareados, muy abundantes en náhuatl, que metafóricamente connotan determinadas ideas y objetos. En este caso el señalamiento se dirige a los libros –los códices indígenas con pinturas y signos glíficos– y también a las pinturas mismas que cubrían muros en los templos, palacios y escuelas. La exhortación aclara en seguida que, para comprender lo que aporta la tinta negra y roja, es menester colocarse al lado de quien es prudente y sabio, para escuchar sus palabras. Éstas, vinculadas o no al contenido de los manuscritos, eran los medios de transmisión. Los libros se hacían con papel de amate, un árbol del género de los ficus, y también en pieles de venado al modo de pergaminos. En ellos se consignaba lo que los *tlahcuilos*, a la vez pintores y escribanos, habían registrado. Éstos comunicaban así

lo declarado por los *tlamatinime*, «sabios», los *teopixque*, «sacerdotes» y los *tlahtoque*, «gobernantes».

¿CÓMO LO TRASMITIDO POR LA PALABRA
Y LA TINTA NEGRA Y ROJA HA LLEGADO HASTA NOSOTROS,
CONSUMADA LA CONQUISTA ESPAÑOLA?

En los tiempos prehispánicos, tanto en el hogar como en los templos y las escuelas se comunicaba la antigua palabra portadora de sabiduría. El *Códice florentino* refiere cómo ocurría su transmisión. En el hogar eran los padres los que expresaban los consejos tocantes al transcurrir de la vida, cuando el niño o la niña llegaban a la edad de discreción e ingresaban a la escuela y, más tarde, cuando iban a contraer matrimonio, y al conocerse que ellos, a su vez, iban a tener un hijo. De forma institucionalizada también se comunicaba el antiguo legado en las *telpochcalli*, «casas de jóvenes»; en las *cuicacalli*, «casas de canto», y también en las llamadas *calmécac*, «hileras de casas», las de nivel más elevado, centros de enseñanza religiosa, jurídica, literaria, histórica y astrológica.

Al referirse a los *calmécac* el *Códice florentino* (III, f. 39 v.) describe lo que allí se estudiaba:

*Huel nemachtloya in cuicatl,
in quilhuia teocucatl,
amoxohtoca
ihuan huel machtiloya in tonalpohualli,
in temicamatl ihuan in xiuhamatl.*

Bien se les enseñaban los cantos,
los que se dicen cantos divinos,

seguían así el camino del libro
y también les enseñaban la cuenta de los días,
el libro de los sueños y el libro de los años.

Al ocurrir la Conquista española muchos sacerdotes y sabios nahuas perecieron y no pocos de los antiguos *amoxtli*, «códices» o «libros», fueron reducidos a cenizas. Se dijo que eran portadores de creencias idolátricas. La antigua cultura corrió entonces peligro de desaparecer. Tan sólo algunos frailes y cierto número de indígenas, con motivaciones a veces distintas, se ocuparon en salvar del olvido cuanto les pareció que importaba conservar.

Entre los frailes hubo algunos, como Andrés de Olmos y Bernardino de Sahagún que, con colaboradores de lengua náhuatl, emprendieron el rescate. Su propósito fue en principio reunir testimonios de la antigua palabra y del contenido de los *amoxtli* para identificar los elementos de la religión náhuatl que debían ser sustituidos por las creencias y ritos cristianos. En tal empeño llegaron a descubrir los mismos frailes antiguas expresiones que les parecieron dignas de grande aprecio.

Sahagún, al referirse a algunas oraciones a dioses como Tezcatlipoca y Tláloc, llegó a decir de ellas que allí «usan de muy hermosas metáforas y maneras de hablar» (*Códice florentino*, VI, f. 1 r.). Y, al transcribir los consejos que daban los padres a sus hijos, según los escuchó de labios de algunos ancianos «de gran marco y habilidad», se atrevió a expresar (VI, f. 80 v.):

Más aprovecharían estas dos pláticas dichas en el púlpito, por el lenguaje y estilo en que están, *mutatis mutandis*, que muchos sermones a los mozos y mozas.

Reconociendo el valor de tales consejos y discursos, el mismo Sahagún escribió que constituían «razonamiento, lleno de

muy buena doctrina en lo moral», y que «tienen maravilloso lenguaje y muy delicado, metáforas y admirables avisos» (*Códice florentino*, IV, f. 38 r.).

Trabajando varios años con sus colaboradores nahuas, Sahagún reunió un gran caudal de testimonios, muchos de los cuales provenían de la tradición oral y el contenido de los libros indígenas. Aquí se reproducen varios de dichos textos.

Algunos de los discípulos de Sahagún continuaron luego, sin la intervención del fraile, en el empeño de salvar del olvido la antigua palabra. Muestras de lo alcanzado por ellos son las compilaciones de varios conjuntos de cantos o poemas en náhuatl, así como la decodificación de antiguos relatos consignados en códices. Un ejemplo de esto lo proporciona el texto náhuatl conocido posteriormente con el título de *Leyenda de los Soles*. Es éste un testimonio de primera importancia para acercarse a las creencias acerca de los orígenes cósmicos y las actuaciones primordiales de dioses y diosas.

También fruto de decodificaciones del contenido de antiguos testimonios es el manuscrito llamado *Anales de Tlatelolco*, transvasado a la escritura alfabética por nahuas que la habían aprendido de los frailes desde 1528.

El rescate de testimonios nahuas continuó hasta fines del siglo XVI y principios del XVII. En ello se ocuparon varios sabios nahuas. Uno fue Hernando Alvarado Tezozómoc que recogió de varios *tlacamecayoámatl*, «papeles de linajes», noticias acerca de un considerable número de personajes de la nobleza indígena. Otro nahua, que mucho se distinguió en este empeño, fue Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, oriundo de la región de Chalco-Amecameca. Transvasó él a escritura alfabética un gran conjunto de testimonios históricos y los distribuyó en ocho «relaciones».

A todo lo largo del siglo XVI y una parte del siguiente, continuó también la elaboración de códices indígenas del género

picto-glífico, es decir con pinturas y signos glíficos. No pocos de esos códices fueron copias de otros de tiempos anteriores a la Conquista. Ejemplo de esto lo proporciona el *Códice Xólotl*, que trata de la llegada del señor chichimeca Xólotl al Valle de México y de lo que él y sus descendientes realizaron a lo largo de cerca de dos siglos.

No es éste el lugar para describir los numerosos códices que así se produjeron, de los cuales se conservan más de trescientos en bibliotecas y archivos de México, Estados Unidos y otros países en Europa. Con lo expuesto queda referido sumariamente cómo, a pesar de las destrucciones, se ha conservado, como un tesoro, un caudal de producciones que son fuentes primarias para el conocimiento de la historia, la literatura, la religión y otros aspectos de la cultura náhuatl. A estas fuentes, cabe añadir lo que puede obtenerse de no pocos hallazgos realizados por la arqueología: esculturas, pinturas y multitud de objetos en el contexto de antiguas edificaciones y monumentos. En tales hallazgos pueden identificarse inscripciones calendáricas, toponímicas y antroponímicas, así como la iconografía de deidades y personajes en asociación con sus diversas formas de actuación.

Con apoyo en tales fuentes –los *amoxtli* o códices, la tradición oral y los hallazgos de la arqueología– trabajan hoy los investigadores de la cultura náhuatl. Y con apoyo en dichas fuentes se han reunido los testimonios de la antigua palabra náhuatl que aquí se presentan.

RASGOS ESTILÍSTICOS MÁS SOBRESALIENTES EN LA LITERATURA NÁHUATL

Es difícil describir en pocas palabras los principales rasgos estilísticos que afloran en los distintos géneros de la expresión en

náhuatl. De manera sucinta sobresalen entre esos rasgos los siguientes:

Es frecuente el recurso a las metáforas concebidas en función de una gran variedad de elementos, sobre todo de la flora y la fauna, con una considerable gama de connotaciones.

Otro rasgo frecuente en la literatura náhuatl lo constituyen las expresiones paralelas, en las que se reitera una misma idea, pero enriqueciéndola con diferentes matices. Además de las frases y oraciones paralelas, deben mencionarse los *difrasismos* que, según ya vimos, se integran con dos vocablos de cuyo acercamiento brota un concepto que ilumina lo que se quiere significar. Ejemplos de difrasismos son: *in xochitl, in cuicatl*, «flor, canto», para aludir a la poesía, al arte y la belleza. También *in cueitl, in huipilli*, «la falda, la camisa», evocación de la mujer; *in petlatl, in icpalli*, «la estera, el sitial», señalamiento del poder y el mando; *in pochotl, in ahuehuetl*, «la ceiba, el ahuehuate», para significar la idea de protección a su sombra. Los difrasismos confieren una característica relevante a las composiciones en náhuatl.

Otro elemento es la presencia de ritmo y medida en la poesía. Ésta se entonaba al son de la música en las fiestas con la participación de la comunidad a lo largo del año solar. En los manuscritos en que se transcribió hay anotaciones acerca del modo como debía tocarse el *huéhuetl* o «tambor» y el *teponaztli*, un xilófono con dos lengüetas.

Una característica que debe destacarse en una aproximación a la literatura náhuatl es la existencia, mencionada arriba, de diversos géneros de composiciones. De hecho existe en náhuatl una terminología para designar cada género. Ejemplos de ello son *xopanquicatl*, «cantos de privación»; *xochicuicatl*, «cantos floridos»; *icnocuicatl*, «cantos de primavera»; *yaocuicatl*, «cantos de guerra»; *cuecuechcuicatl*, «cantos de comezón», de sentido erótico. Y otro tanto puede decirse de los diversos géneros en

las composiciones de contenido histórico, religioso, jurídico o moral.

A todo esto debe añadirse que en náhuatl es muy frecuente el empleo de palabras compuestas que constituyen lo que podría calificarse de muestras de *ingeniería lingüística*. En esta lengua, por su carácter polisintético, se pueden incorporar varias raíces verbales y también de sustantivos y partículas.

Son asimismo frecuentes los vocablos en los que se aúnan expresiones de carácter temporal con elementos de connotación espacial o de movimiento. Ello confiere al náhuatl una ductilidad muy grande que, junto con la riqueza de su sistema de afijos, le permite una notable precisión en el significado y funciones de cada vocablo. Éstos pueden adquirir, por medio de sufijos y prefijos, el carácter de abstractos, colectivos, instrumentales, de acción, movimiento, y otras connotaciones.

Conviene recordar aquí que algunos de los frailes que prepararon las primeras gramáticas del náhuatl adujeron muestras de las maneras más propias y elegantes de hablar, es decir del *tecpilahtolli*, o «lenguaje noble y cuidado».

LA TEMÁTICA Y EL ORIGEN DE LAS COMPOSICIONES REUNIDAS EN ESTE LIBRO

Una buena parte de los poemas y cantos aquí incluidos, de los varios géneros mencionados, procede principalmente de dos manuscritos. Uno se conoce como *Cantares mexicanos* y se halla en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México. Otro, con el curioso título de *Romances de los señores de la Nueva España*, salió de México y está en la Colección Latinoamericana de la Biblioteca de la Universidad de Texas en Austin.

Nuestra antología o *xochimapictli*, «manejo de flores», se inicia con varios poemas de autores cuyos nombres se conocen. Al igual que otros cantos anónimos, tales composiciones pertenecen a los géneros nombrados. Son poesía que habla de la amistad y la búsqueda de las flores. En contraste —como en las luces y sombras de una pintura— aparecen luego varios *icnocuicatl*, «cantos de privación», en los que se cuestiona lo que es vivir en la tierra, el amor y la muerte, y lo que acaso puede ser tenido como palabras verdaderas. De tema afín, pero expresado de modo diferente, es el diálogo de flor y canto. En él aparecen varios poetas y sabios empeñados en esclarecer el sentido más hondo de lo que es la poesía.

Cuecuechcuicatl es el vocablo con que se nombran algunos cantos de cosquilleo y sutil erotismo. Se ofrece aquí el «Canto de las mujeres de Chalco». Desafían ellas al señor Axayácatl, gobernante supremo de Tenochtitlan. Lo retan a que, así como venció en la guerra a los hombres de Chalco, pueda también vencerlas, haciéndolas suyas en una contienda sexual.

Ejemplo de *huehuehtlatolli*, «antigua palabra», son las oraciones al dios Tezcatlipoca, así como los consejos de los padres a sus hijos, composiciones que dejan ver la sublime moral de los nahuas. Son textos que provienen del *Códice florentino*.

Producciones muy diferentes son los *yaocuicatl*, «cantos de guerra», en los que se exalta lo que es ella y aun se afirma que quienes combaten aceptan con gusto la muerte a filo de obsidiana. Se trata de textos incluidos en *Cantares mexicanos* y en *Romances de los señores de Nueva España*.

Algunos de los himnos sacros que aquí se reproducen están incluidos en los «Primeros memoriales», recogidos por Bernardino de Sahagún en Tepepulco —en el actual estado de Hidalgo— hacia 1558. Estos memoriales forman parte del llamado *Códice matritense* de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, en Madrid.

A su vez, los relatos sobre los orígenes cósmicos se hallan en la que se conoce como *Leyenda de los Soles* de mediados del siglo XVI, conservada en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, en México.

Los diálogos de los sabios indígenas con los franciscanos, pasaron, al igual que varios códices indígenas, a la Biblioteca Vaticana, en Roma.

Descripciones de artistas –pintores, orfebres, alfareros, cantores y otros– así como de figuras ideales como la del *tlamatini* o «sabio», integran otro conjunto de expresiones incluidas en el *Códice florentino*, preservado en la Biblioteca Medicea-Laurenziana de Florencia.

Además de algunas leyendas, los relatos que presentan el testimonio indígena acerca de la Conquista, es decir la «visión de los vencidos» –genuina épica náhuatl–, confirman que en esta literatura, transmitida con la tinta negra y roja, se refleja lo más hondo del alma de los antiguos mexicanos. Se conservan estos testimonios, además de en el *Códice florentino*, en otras fuentes como los *Anales de Tlatelolco*, que se hallan en la Biblioteca Nacional de Francia, en París.

LA PRESENCIA DE VICENTE ROJO

Hermanas son la pintura y la poesía. Gracias a la tinta negra y roja es posible contemplar las pinturas y leer los signos glíficos. En este libro convergen pintura y poesía. Las pinturas son de Vicente Rojo; los poemas son de los antiguos mexicanos de lengua náhuatl.

Hace ya bastantes años, acercándose a la tinta negra y roja con que se abren los presagios en la *Visión de los vencidos*, plasmó Vicente un conjunto seriado de luces y sombras, explosio-

nes de color, que evocan el llanto, el fuego o el agua que hierve. Esa serie pictórica fue una de las primeras que realizó. A ese conjunto seriado han seguido otros: *Señales*, *Recuerdos*, *Negaciones*, *México bajo la lluvia*, *Pirámides* y *Volcanes*, *Escenarios de la memoria*, *Jardines* y varios más.

En el prólogo a su libro *Alas de papel*, escribió Vicente: «más que tratar de ser un pintor o escultor o diseñador gráfico de nuestros días, lo que de verdad me hubiera gustado es haber sido un anónimo iluminador de manuscritos románicos, aislado en alguna remota montaña europea, o un *tlacuilo*, dibujante y escritor (que entonces eran lo mismo) de códices prehispánicos, oculto en la selva o en los llanos de lo que más tarde se llamaría México».

Todo esto ayudará a comprender por qué me ha propuesto él reunir un conjunto de composiciones de la antigua tradición en náhuatl, traducidas por mí al castellano, con una nueva serie de pinturas que han brotado de su ser. No quise yo hacer la selección de los poemas, publicados todos o casi todos en varios de mis libros. La selección –que me parece muy acertada– se debe a Coral Bracho y Marcelo Uribe. De esta suerte, somos varios los que nos acercamos a la poesía náhuatl, traducida por mí, y a la pintura de Vicente, que aporta una sinfonía de colores. Participar en esto, en mi condición de traductor, me ha sido muy grato y añadiré que fascinante. Espero que compartirán con Vicente y conmigo esta experiencia quienes tomen en sus manos este libro y lo recorran con sus ojos para su disfrute.

Miguel León-Portilla